

Adolescencia y juventud de Juan Bosco en Chieri

La experiencia escolar en Castelnuovo no iba adelante como se esperaba. El tiempo pasaba, Juan Bosco tenía ya más de 15 años, y las cosas no parecían mejorar. Entonces Juan y Margarita trataron de conseguir matrícula en la escuela de Chieri, más avanzada.

Para prepararse a este paso, durante el verano estudió intensamente. Su hermano José y Margarita se habían trasladado a una granja en Sussambrino, en donde trabajaban con el Sr. Febraro. También Juan debía aportar y, como en los viejos tiempos, mientras llevaba lo animales al potrero repasaba el latín.

Para ir a Chieri hacía falta comprar ropa, zapatos, libros. Como buen atleta que era, logró ganar 20 liras en el palo encebado durante la acostumbrada fiesta del pueblo: también aquí, el bregar en la cuerda para que sus compañeros se divirtieran y rezaran le había servido. Pero 20 liras no bastaban. Tuvo que enfrentar el pasar por las casas pidiendo limosna:

- Soy el hijo de Margarita Bosco. Voy a Chieri a estudiar para hacerme sacerdote. ¿Pueden ayudarme?

Donde Margarita siempre había una tajada de polenta o un plato de sopa para los pobres de la zona, todos sabían que podían contar con ella. Ahora era ella quien enfrentaba una dificultad y la ayuda llegó. También el párroco de Castelnuovo, Don Dassano, al saber la cosa reunió una pequeña suma y la envió. Además hizo que Margarita encontrara a la Sra. Lucía Matta, que se iba a vivir a Chieri para cuidar del hijo estudiante: se pusieron de acuerdo para que Juan se quedara con ellos pagando 21 liras al mes. Como no podía pagar todo, Juan ofreció ayudar en los trabajos de la casa. Más tarde la Sra. Lucía le confiará los estudios del hijo y éste, en seis meses, con su ayuda volverá a frecuentar los sacramentos y a dejar satisfechos a los profesores. La mamá quedó tan feliz que ya no cobró la pensión.

1. Tres cursos en un año

En Chieri lo matricularon en el sexto curso, más o menos el primero de enseñanza secundaria italiana de ahora. Había cumplido ya los 16 años. Se encontró tan a gusto que en dos meses, considerando sus óptimas calificaciones, lo admitieron a los exámenes para pasarlo al curso sucesivo. Los superó en forma brillante y comenzó a frecuentar el quinto: en ese tiempo el orden de los cursos era decreciente. Encontró como profesor a Don Valimberti, que ya se había hecho su amigo y consejero. Después de solo otros dos meses fue admitido a los exámenes para pasar al cuarto que, también en este caso, superó con las mejores calificaciones. En este nuevo curso era profesor Vicente Cima, hombre severo y competente el cual, viendo llegar un nuevo alumno a medio año, comentó:

- Si tienes buena voluntad, estás en buenas manos. No te dejaré perder tiempo. Si tienes dificultades, yo te ayudaré.

Y así fue. Juan no perdió tiempo y en ese año recuperó gran parte de los estudios atrasados.

2. La sociedad de la alegría

Durante el año de estudios Juan se encontró frente a diversas categorías de muchachos. Como de costumbre, los poco recomendables, los indiferentes y los muy buenos. Según su costumbre, dedicaba tiempo a los mejores, rechazando las propuestas de los malos. Pero los malos normalmente son también quienes estudian menos y, poco a poco, comenzaron a ir donde él para que les hiciera las tareas. Al comienzo lo hizo; después, por consejo del profesor, trató que comprendieran lo que copiaban, y aprendieran a estudiar y resolver los problemas por sí solos. Su fama mejoró notablemente y los muchachos, que antes parecían realmente malos, cuando estaban con él ya no lo eran. Comenzaron a encontrarse no solo para estudiar sino también para divertirse y escuchar sus narraciones.

Entonces fundaron una sociedad con un reglamento participado que llamaron *Sociedad de la Alegría*. Su reglamento:

1. Evitar toda conversación y toda acción que desdiga de un buen cristiano.
2. Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos. (MO pág. 367-368)

Mientras tanto encontró a un buen sacerdote, el canónigo Meloria, que lo invitó a recibir los sacramentos con frecuencia, cosa extraordinaria en ese tiempo. Él lo hizo, y más tarde dirá:

- Si he tenido la fuerza de no dejarme arrastrar por los compañeros peores, lo debo a mis frecuentes encuentros con el Señor.

En poco tiempo llegó a ser el capitán de un pequeño ejército. Un domingo se presentó un prestidigitador –en ese tiempo los llamaban saltimbanqui– con la intención de ofrecer espectáculo durante la misa, y de hacerlo cabalmente cerca de la iglesia. Los compañeros, naturalmente, estaban más interesados en esa diversión que en las celebraciones litúrgicas. Juan lo desafió en los varios juegos en que el saltimbanqui estaba seguro de superarlo ampliamente, derrotándolo en toda la línea. Después le devolvió el dinero con tal de que se alejara: de esa forma ya no habría distraído a sus compañeros de ir a encontrarse con el Señor.

3. Un amigo verdadero

Fue admitido al segundo curso, llamado *curso de humanidad*. El hijo de la Sra. Lucía había terminado los estudios y Juan tuvo que buscar otra pensión. Un amigo de familia, cierto Juan Pianta, acababa de abrir un café en Chieri y lo invitó a ir donde él. Naturalmente el cambio debía trabajar duro, así aprendió también el oficio de barman.

Después del curso de humanidad pasó al primero, llamado curso de retórica, que corresponde al 5º de secundaria del liceo clásico italiano. Aquí encontró a Luis Comollo, sobrino del párroco de Cinzano. Luis era un chico muy bueno que en más de una ocasión había demostrado, frente a las prepotencias de algunos compañeros más crecidos, que sabía quedar firme en el bien sin vengarse ni reaccionar

Por supuesto que falta de educación y maldad no conocen límites, de modo que Juan, en más de una ocasión, se sintió obligado a salir en defensa de Luis no solamente con palabras sino también usando las manos.

Cabalmente después de uno de esos episodios nació una amistad más profunda.

- Juan –le dijo Luis –, tu fuerza me asusta. Dios no te la dio para hacer el mal a tus compañeros. Quiere que nos perdonemos y contestemos al mal con el bien.

Juan acabó por rendirse a sus palabras y seguir sus consejos. Los años siguientes, en el seminario, habrían reforzado su amistad.

4. Palabras que pesan como montañas

Al acabar el curso de retórica Juan debía decidirse de una vez por todas: ¿qué hacer con su vida? Hoy diríamos: “En el último curso de la escuela secundaria debes tener ideas claras: o estudias o trabajas. ¿Qué estudiar? ¿Dónde trabajar?”.

Pide ayuda a su confesor, P. José María Maloria, el cual no quiere saber de ese tema. En su angustia de no saber qué hacer, y para asegurar la salvación de su alma, decide hacerse franciscano y presenta su petición en el Convento de Santa María de los Angeles, en Turín. Es aceptado el 28 de abril de 1834. Pero, poco después, tiene un sueño y dificultades que lo llevan a desistir de este plan.

“Me pareció ver una multitud de aquellos religiosos con los hábitos rotos, corriendo en sentido contrario los unos de los otros. Uno de ellos vino a decirme: tú buscas la paz y aquí no vas a encontrarla. Observa la actitud de tus hermanos. Dios te prepara otro lugar, otra mies.” (MO pág. 387)

Deseaba llegar a sacerdote, pero tenía miedo. En ese tiempo no todos los curas vivían en modo evangélico, varios estaban metidos en la vida en forma tal que olvidaban la espiritualidad y el servicio a los jóvenes y de las personas. Para estudiar se necesitaba dinero que él no tenía.

El párroco Don Dassano apenas pudo habló con Margarita diciéndole, entre otras cosas, que si Juan se hacía fraile no habría tenido dinero para ayudarla en el futuro.

Margarita, aunque ya no tan joven, se echó el mantón sobre los hombros y caminó firme hasta Chieri para hablar con el hijo. Si Don Bosco, a los 70 años de edad, recordaba aún esas palabras, significa que pesaron como montañas:

- Óyeme bien, Juan. Yo quiero que tú lo pienses con calma. Cuando habrás decidido, sigue tu camino sin verle la cara a nadie. Recuerda que la cosa más importante es que tú hagas la voluntad del Señor. El párroco quisiera que yo te hiciera cambiar idea porque en el futuro yo podría tener necesidad de ti. Pero recuerda que tu madre en estas cosas no entra. Dios viene antes que todo, también antes que yo. De ti no quiero nada, no espero nada porque he nacido pobre y pobre quiero morir. Antes bien, te lo digo claramente: si llegaras a sacerdote y por desgracia te volvieras rico, debes saber que yo no pondré jamás pie en tu casa. ¡Recuérdalo bien!

Como quiera, para no hacer caso solamente a un sueño pidió consejo al amigo Luis Comollo, quien le dijo que escribiera a su tío sacerdote, José Comollo. Éste le sugirió entrar en seminario. y, mientras sigue los estudios, ya conocerá mejor lo que Dios quiere de él. (MO pág. 387)

La Vida Religiosa y las Misiones empiezan a atraerlo de modo particular.

Otra persona de referencia, Evasio Savio, recomendó a Juan que fuera a hablar con Don Cafasso, joven sacerdote de 23 años que perfeccionaba sus estudios teológicos en el Convictorio Eclesiástico. Juan quedó tan favorablemente impresionado por la calma y la profundidad de este joven sacerdote, que algunos años más tarde lo escogió como director espiritual. Don Cafasso equilibraba el temperamento fogoso de Don Bosco y lo guiaba hacia opciones justas. La más hermosa calidad de Juan fue la capacidad de *pedir consejo*, de dejarse guiar, de no querer actuar solo: ésta fue su carta vencedora, que le dio siempre óptimos resultados.

5. Dar el paso

La decisión de entrar al seminario no dejó de ser difícil y dolorosa, porque no encontró apoyo y orientación. La angustia procede en que la elección de estado se realizaba en clave de "salvación del alma". Quien no elegía bien, arriesgaba su eterna salvación.

"Mientras tanto, se acercaba el final del curso de retórica, época en que los estudiantes acostumbran a decidir su vocación. El sueño de Morialdo estaba siempre fijo en mi mente, es más, se me había repetido otras veces de un modo bastante más claro; por lo cual, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, hacia el que sentía, en efecto, inclinación; pero la poca fe que daba a los sueños, mi estilo de vida, ciertos hábitos de mi corazón y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado, hacían difícil y bastante dudosa tal deliberación. ¡Oh, si entonces hubiese tenido un guía que se hubiese ocupado de mi porvenir! Hubiera sido para mí un gran tesoro; pero este tesoro me faltó. Tenía un buen confesor, que pensaba en hacerme un buen cristiano, pero que en cosas de vocación no quiso inmiscuirse nunca" (MO [25]).

Recibe la sotana el 25 de octubre de 1835, con 20 años, de manos de su párroco Antonio Cinzano, recién nombrado, quien por la tarde lo invita a una fiestecita al pueblo de Bardella en la

que se siente molesto por la situación ambigua de algunos sacerdotes exagerados en la bebida; y, cuando el párroco le pregunta la razón de su fastidio, "Le respondí, con toda sinceridad, que la función celebrada por la mañana en la iglesia no concordaba ni en género, ni en número, ni en caso con lo de la tarde. El haber visto sacerdotes haciendo el bufón en medio de los convidados por el vino, casi ha hecho nacer en mí aversión hacia la vocación. Si supiera que había de ser un sacerdote de éstos, preferiría quitarme esta sotana y vivir como un pobre seglar, pero buen cristiano" (MO [27]).

Ciertamente tenía bien grabadas en su memoria las palabras de Mamá Margarita: "Acuérdate que no es el hábito lo que honra a tu estado, sino la virtud. Si alguna vez llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no lo deshonres...; prefiero tener a un pobre campesino que a un hijo sacerdote descuidado en sus deberes... Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste los estudios te recomendé la devoción a nuestra buena Madre; ahora te digo que seas todo suyo, y ama a los compañeros devotos de María..." (MO [28]).

El 3 de noviembre de 1835 ingresa en el Seminario de Chieri, dependiente del Arzobispado de Turín.

6. Conclusión

El período de la vida de Juan Bosco como estudiante en Chieri, que abarca desde 1831 a 1835 (desde los 16 a los 20 años) ha marcado la máxima expansión de sus cualidades y habilidades naturales. Es un joven en su etapa de desarrollo de las distintas dimensiones de la vida: física, espiritual, intelectual, relacional. También, asume esta vida desde la propia responsabilidad, y haciendo de la fe y de la compañía de otros una de las claves que orienta su vida y su decisión.

Es un tiempo de fuerte dedicación al estudio. Es un estudiante brillante, de muy buena conducta. Por su inteligencia y memoria, le bastan las clases para aprender. Leer es retener. Pero también estudia asiduamente, aún en las vacaciones, con el Vicario de Castelnuovo, para ponerse al nivel de los discípulos.

Es la época de las amistades profundas. Logra llevar a muchos compañeros al bien y los ayuda a estudiar. En particular, recuerda a sus amigos: Guillermo Garigliano (que después entró con Juan al Seminario), Pablo Braia (que murió el 2º año), los hermanos Blanchard (uno de ellos, José, sustraía fruta y pan de su casa para dárselos a Juan). Con ellos funda la ya mencionada Sociedad de la Alegría.

Fue fundamental para él la experiencia de un confesor fijo, en la persona del Teólogo José María Maloria, el sacerdote más docto de la ciudad, canónigo de la colegiata de Chieri. "Me recibía siempre con bondad. Es más, me animaba a confesar y comulgar con la mayor frecuencia... Yo creo que debo a mi confesor el no haber sido arrastrado por los compañeros a ciertos desórdenes que los jóvenes inexpertos han de lamentar muy a menudo en los grandes centros escolares" (MO [16]).

Es una época en que descuella por sus habilidades de todo tipo: el canto, el piano, la declamación, el teatro... sobre todo, el estudio y la amistad. Es la plena expansión de su juventud. Esto le crea también mucho prestigio. Es hábil para cualquier juego, para la magia y la prestidigitación: "competía con los maestros"; "A menudo daba sesiones en público y en privado". Pero también le traen problemas, pues Tomás Cumino le acusa ante el Canónigo Máximo Burzio, párroco de la catedral y delegado del Obispo en la escuela. Este le dice: "das mucho que hablar, y alguien ha llegado a sospechar que te sirves de la magia y que en tus obras pueda haber intervención del diablo". MO [22]. En el tercer año desafia al saltimbanqui de mayor prestigio en la ciudad. Todo concluye con un buen almuerzo en la fonda "Il Muletto" MO [23]).

Se vuelve un apasionado lector de los clásicos italianos y, después, de los latinos. Consigue que el librero Elías le preste, por módico precio, los libros de la Biblioteca Popular editados por José

Pomba. Leía un volumen por día, o mejor, por noche: "Varias veces me sucedió que me sorprendía la hora de levantarme con las Décadas de Tito Livio en las manos, cuya lectura había empezado la noche anterior. Esto arruinó de tal forma mi salud que durante varios años mi vida parecía estar al borde de la tumba" (MO [24]).

Son los rasgos apasionados de un joven que vive a fondo la plenitud de su edad, que luego se desarrollarán en la madurez de su vida, de su obra y de su acción.